

The background of the book cover is a detailed illustration of a lush, prehistoric jungle. In the center, a modern car is crashed and partially buried under large, gnarled tree roots. A small figure of a person stands near the car, providing a sense of scale. The sky is filled with heavy, grey clouds, and the overall atmosphere is mysterious and ancient.

EL ECO TEMPORAL

UN PUNTO EN EL PASADO

ÁNGEL DE JESÚS ALCÁNTAR GARZA



Prólogo

La mayoría de la gente cree que el pasado es un lugar silencioso. Lo imaginan como un museo de vitrinas rotas, un cementerio de fósiles cubiertos de polvo donde nada se mueve y nada respira. Pero se equivocan. El pasado es un sistema de alta presión; es una masa viva, agria y eléctrica que no tolera intrusos.

Si entras allí, el tiempo no te recibe con los brazos abiertos. Te recibe con un rechazo físico, como si intentaras forzar un imán contra su polo opuesto. El aire pesa más. El sol quema con una honestidad que hoy hemos olvidado. Y el silencio... el silencio no es ausencia de ruido, es una advertencia. Es la calma de un depredador que te ha visto mucho antes de que tú notes que tiene ojos.

He pasado años aprendiendo a ser un fantasma. Me entrenaron para no dejar huellas, para no respirar demasiado fuerte, para ser una cámara que mira pero no toca. Me dijeron que si éramos perfectos, el tiempo no nos notaría.

Pero el tiempo siempre se da cuenta.

Lo que nadie te dice en los manuales del Proyecto S es que, cuando saltas sesenta y seis millones de años hacia atrás, no solo dejas un rastro de calor en el aire o una marca de bota en el lodo. Dejas una parte de tu cordura. El pasado se queda con un trozo de tu piel y, a cambio, te inyecta un eco que no se apaga nunca. Un eco que viaja por tu sangre, que late en tus cicatrices y que te despierta a las tres de la mañana con el olor a vegetación podrida y ozono.

Dicen que soy la chica que siempre volvía. Lo dicen como si fuera un mérito, como si volver fuera la parte difícil. Pero volver es solo el inicio del problema. Porque cuando regresas, traes contigo secretos que pesan más que el plomo. Traes una mentira que proteger en casa y una herida en el abdomen que tira de ti cada vez que intentas olvidar quién eres.

Me llamo Helen Rivas. Y este es el relato de cómo intentamos conquistar el origen de los tiempos, solo para descubrir que el pasado no se conquista. Solo se sobrevive a él.

Y a veces, ni siquiera eso es suficiente.

Capítulo 0. La chica que siempre volvía

La primera vez que me di cuenta de que la gente me buscaba para entrar a lugares imposibles fue en la Sierra. Fue años antes del Proyecto S, cuando todavía creía que la palabra imposible era un reto y no una advertencia de la naturaleza. Habían perdido a tres excursionistas en un tramo de cañón donde las radios se morían como insectos. El equipo de rescate subió en helicóptero y bajó con cuerdas, gritando nombres que el aire se tragaba de inmediato. La roca no devolvía el eco; era una esponja de granito que absorbía cualquier rastro humano. Yo era la más joven del equipo. Veintidós años. Tenía esa energía impaciente de quien todavía no ha visto romperse algo que no pueda repararse. Me gustaba la adrenalina porque me hacía sentir menos frágil, pero ese día el cañón me enseñó lo contrario. Cuando por fin encontramos a los tres, estaban vivos. Se habían acurrucado bajo una saliente, con la piel grisácea por la deshidratación y los ojos vacíos de quien ha aceptado que no va a volver. Al sacarlos, uno de ellos me rodeó la muñeca con los dedos. Apretó con una fuerza desesperada, una presión que me dejó marcas moradas durante una semana. Me preguntó llorando cómo había sabido que estaban allí. No tuve una respuesta que pudiera explicar. No fue una corazonada poética; fue el peso de mis botas en el suelo, el silencio absoluto de los pájaros y el rastro de una rama rota que no encajaba con el viento. Simplemente caminé despacio y escuché. Cuando dejas de tratar al mundo como una postal y empiezas a mirarlo como un mecanismo de piezas que deben encajar, el entorno deja de intentar matarte. Volví a casa esa noche con el pulso acelerado y la muñeca marcada. En la cena, mis amigos se burlaban de mí. Yo era Helen la paranoia, la que revisaba tres veces los cierres de seguridad de la mochila y la que se quedaba callada en mitad del bosque para oírlo de verdad. Mateo, mi hermano menor, decía que yo tenía un radar absurdo para el peligro. Mateo se reía mientras devoraba su cena, ajeno a la sombra del cañón que yo todavía sentía en la nuca, como si la muerte fuera una anécdota que solo le ocurre a los personajes de sus libros de fósiles. Yo también me reía para no romper el equilibrio de la mesa, pero apretaba el vaso de agua hasta que mis nudillos se ponían blancos. En nuestra casa, las historias siempre tenían grietas que yo prefería no tocar, y ver a Mateo tan seguro de su mundo me recordaba por qué yo siempre caminaba con cuidado. El viernes por la noche llegó el correo sin firma. El asunto decía: Evaluación de perfil operativo. Al abrir el mensaje, no sentí curiosidad. Sentí una presión fría en la base del cráneo, la misma sensación física de estar parada frente a una boca de piedra que se traga el sonido. Presentarse mañana a las 08:00. Dirección adjunta. No era una invitación; era una orden disfrazada de burocracia que no preguntaba si podía asistir. Esa noche no dormí. Me quedé sentada en el borde de la cama, escuchando el silencio en la habitación de Mateo. Tuve el instinto de que alguien, en algún lugar, estaba a punto de pedirme algo que me cambiaría la forma de respirar para siempre.

Capítulo 1. El edificio sin nombre

El edificio parecía diseñado para que la vista resbalara sobre él. Concreto gris, ángulos rectos y una bandera con la tela todavía rígida por lo nueva. Es la clase de lugar que no encuentras en los mapas porque, para el resto del mundo, simplemente no existe.

Los guardias se movían con una cortesía vacía. Me revisaron la mochila y me pidieron la identificación con movimientos mecánicos. Pasé por un arco de seguridad que no emitió sonido, pero sentí el zumbido de las cámaras siguiendo mi trayectoria. Eran puntos de atención invisibles pegándose a mi espalda.

Me indicaron entrar a un elevador sin botones. En cuanto la puerta se selló, la cabina se movió sola. Sentí un tirón en el estómago y pensé en Mateo. Él habría flipado con esto: el ascensor secreto que decide a dónde vas. Yo, en cambio, apreté los puños contra los muslos. No tenía ganas de jugar.

Las puertas se abrieron a una sala de juntas blanca. El aire estaba demasiado frío. En el centro, una mesa de roble excesivamente larga para las cuatro personas que esperaban. El general Salazar ocupaba la cabecera. No era un hombre grande, pero proyectaba una inmovilidad de granito. Tenía los ojos de quien ha dejado de sorprenderse porque ya ha visto todas las formas posibles de que algo salga mal. A su derecha, la doctora Mei Kwan mantenía el cabello recogido con una tensión que parecía doler; su piel estaba quemada por el sol, la marca de quien prefiere el campo a las luces fluorescentes de una oficina. A la izquierda, el doctor Esteban Ríos me observaba con una sonrisa técnica. Parecía disfrazado con ese traje, como si hubiera practicado la curva de sus labios frente a un espejo antes de entrar. Al fondo, Iván Serrano se encogía sobre una tablet. Tenía mi edad, quizás un poco más, y esa forma de mirar las pantallas que solo tienen los que respetan más a los circuitos que a las personas. —Señorita Rivas. Gracias por venir —dijo Salazar. Su voz no buscaba ser amable, solo funcional.

Me senté sin esperar invitación.

—No es como si me hubieran dado a elegir.

Kwan arqueó una ceja. Ríos ensanchó su sonrisa de catálogo. Iván no despegó la vista de sus datos.

—Lo que va a escuchar aquí no existe fuera de esta sala —continuó Salazar.

Apoyé los codos en la mesa, notando el frío de la madera en la piel.

—Entonces no lo digan. Escribanlo. Si van a soltar una locura, quiero que haya un rastro de que fueron ustedes los que lo dijeron primero.

Ríos soltó una risa seca, casi genuina.

—Me gusta. Coincide con tu perfil.

No pregunté qué perfil. Esa es una pregunta para los que todavía creen que el mundo tiene reglas justas.

Salazar deslizó una carpeta hacia mí. No tenía sellos, ni folios oficiales, ni logotipos. Ese vacío de identidad me puso los pelos de punta: cuando el poder quiere que algo parezca normal, lo disfraza de burocracia pura. La carpeta pesaba más de lo que aparentaba.

—Tenemos tecnología de regresión temporal —soltó Salazar.

Esperé el remate del chiste. El silencio se alargó hasta volverse una presión física en mis oídos.

—No es cine —intervino Kwan con una energía cortante—. No hay paseos. Hay una ventana, un salto y un retorno programado. Solo vamos a donde podemos anclar.

—¿Y dónde está el ancla? —pregunté, sintiendo que la boca se me secaba de golpe.

Kwan me sostuvo la mirada.

—En el Mesozoico.

Me reí. Fue un sonido corto, una exhalación de incredulidad que me dejó un sabor amargo.

—Están locos.

Iván habló por primera vez sin levantar la vista. Su voz era plana.

—Treinta minutos. Entrada y salida. Observación pura. Prohibido traer o dejar nada.

Salazar añadió las condiciones: atmósfera, suelo, agua, imágenes. Si funcionaba, el proyecto seguía. Si no, se borraría todo rastro. Ríos se inclinó hacia delante, observando mis manos sobre la mesa.

—Sabemos que suena imposible. Por eso no llamamos a un piloto de pruebas de las noticias. Buscamos a alguien que sepa moverse cuando el cuerpo se convierte en un estorbo.

Me quedé callada. Sentí el pulso golpeando con fuerza en la base de la garganta.

—¿Por qué yo?

Iván levantó la vista. En sus ojos no había arrogancia, sino un miedo muy específico: el miedo a cometer un error de cálculo.

—Porque cuando todo se va al carajo, tú no te vuelves drama. Te vuelves procedimiento.

Salazar asintió lentamente, rematando la idea.

—Y porque si te ordenamos volver, vuelves. No por obediencia, sino por criterio.

Quise decir que no. Quise gritar que era una estupidez suicida. Pero una parte de mí, la que siempre calculaba la salida en un incendio, me dio la respuesta: si yo no aceptaba, mandarían a alguien con ganas de ser un héroe de película. Y ese alguien no regresaría.

Pedí veinticuatro horas. Salí de allí y el sol de la mañana me quemó la cara. El mundo normal, con sus coches y su gente con prisa, me pareció de cristal, algo que podría romperse con solo tocarlo.

En casa, Mateo se sentó junto a mí.

—Traes cara de fantasma, Helen. ¿Qué onda?

Me encogí de hombros, ocultando el temblor de mis dedos bajo la mesa.

—Trabajo. Nada importante, enano.

Mateo se acercó para enseñarme su playera nueva de Jurassic Park con orgullo.

—Wey, ¿te imaginas ver un dinosaurio real?

Lo miré. Por primera vez, esa palabra dejó de ser un dibujo en un libro y se convirtió en una amenaza física.

—No —le dije—. No quiero ni imaginarlo.

—¿Por qué?

Porque no quiero morir, pensé. Porque la realidad no ruge con épica; la realidad hace crujir los huesos en mitad del silencio.

Al día siguiente volví al edificio y firmé.

Capítulo 2. Los que mandan y los que regresan

Me llevaron a conocer el traje a una sala que olía a metal estéril y a ozono. Había técnicos moviéndose como sombras, pero mi vista se quedó en la mesa central: el traje estaba allí, extendido como el cadáver de un animal tecnológico. Era más compacto de lo que imaginaba. Capas de material sintético, placas internas de cerámica, válvulas y cierres redundantes que parecían diseñados para no soltar nunca lo que estuviera dentro. El casco tenía un visor amplio y un sellado tan limpio que me hizo pensar en un ataúd presurizado. En un costado estaba el módulo de respiración, una mochila compacta que prometía mantenerme conectada a mi siglo.

Kwan acarició el guante con un respeto que me puso los pelos de punta. Me explicó que el aire allá abajo no es aire; es una sopa ácida de gases, esporas y microorganismos que harían colapsar mis pulmones en segundos. El traje no me daría superpoderes, solo me compraría tiempo para existir sin que el entorno me devorara.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté. —Treinta minutos —respondió Iván sin levantar la vista de su tablet—. Es el margen de seguridad para asegurar el anclaje. Nadie quiere que te quedes fuera de sincronía.

—Eso es mentira —la voz de Ríos me llegó desde atrás. No lo escuché entrar; simplemente estaba allí, con su sonrisa perfecta—. Mucha gente en este edificio reza para que te quedes atrapada. Si no vuelves, pueden decir que el proyecto no era viable y cerrarlo sin que nadie pida cuentas por el presupuesto.

Me giré. Ríos mantenía esa expresión de calma técnica, pero sus ojos tenían un filo nuevo. Le pregunté por qué me decía eso. Me respondió que si iba a bajar, necesitaba entender que no todos en el edificio reman hacia el mismo lado. Salazar entró en ese momento, cortando la tensión con su sola presencia de granito. Miró a Ríos con una advertencia silenciosa antes de volverse hacia mí. Me preguntó si tenía alguna duda técnica.

—¿Cómo se siente? —le solté. Iván parpadeó, y por primera vez vi una grieta en su fachada de ingeniero. —Como si el mundo te soltara de golpe. Como perder el soporte del suelo por un segundo eterno. —Eso no es técnico —le dije. —Es lo más honesto que vas a sacar de aquí sin que te mienta —sentenció él.

Me pusieron el traje para la sesión de ajuste. En cuanto sellaron el casco, el mundo exterior desapareció y el sonido de mi propia respiración se volvió enorme, un eco rítmico que me recordaba que yo era lo único biológico en esa armadura. Sentí el material frío apretándome las costillas y la presión suave en las muñecas y los tobillos. Caminé, me agaché, giré. El traje no era cómodo; era obediente. Era una cárcel de alta tecnología que se movía a mi ritmo.

Entonces lo vi: el revólver en otra mesa. El metal negro brillaba bajo los focos LED. —No —dije, sintiendo una náusea repentina. Kwan cerró los ojos, como si ya estuviera agotada de la discusión. Salazar no negó nada, y su aceptación silenciosa me dolió más que una orden directa. Iván intentó intervenir, diciendo que él tampoco lo quería allí, pero Salazar lo calló con una mirada. El poder en esa sala era un idioma que no necesitaba palabras.

—El arma va —sentenció el general. Ríos se inclinó hacia mí, su voz era una caricia venenosa. —No es para los dinosaurios, Helen. Es para tu propio miedo. Es el amuleto que vuelve real esta fantasía para los que no van a pisar el barro.

Me quedé mirando el objeto un segundo más de la cuenta. Se sentía humillante. Era la prueba de que, para ellos, yo era un activo prescindible con un seguro de vida metálico que solo servía para que los de arriba durmieran tranquilos.

—¿Cuándo salto? —pregunté, rompiendo el silencio. —En dos semanas —respondió Iván. Kwan me sostuvo la mirada con una gravedad que me erizó la nuca. Me recordó que debía

volver en treinta minutos exactos, pasara lo que pasara. Ríos repitió la frase como un eco, advirtiéndole que si no regresaba en esa ventana, no habría una segunda oportunidad para nadie.

En casa, esa noche, abrí una caja vieja y saqué un cuaderno de cuando era adolescente. Estaba lleno de historias ridículas sobre viajes en el tiempo. Me dio pena. Mi yo de quince años creía que el pasado era un lugar bonito para visitar, como un parque temático con peligros controlables. Cerré el cuaderno y miré la puerta de la habitación de Mateo. Mi hermano menor, el chico por el que yo mantenía la guardia alta, dormía ajeno a que el presente estaba a punto de romperse. Me acosté sintiendo el peso del módulo todavía en la espalda. Dormí mal.

Capítulo 3. Treinta minutos en un mundo sin mí

Llegué al complejo antes de que el sol terminara de salir. El pasillo principal, una lengua de concreto que parecía no tener fin, estaba sumido en un silencio que no era natural. No era la ausencia de sonido; las máquinas zumbaban, la ventilación de alta eficiencia siseaba con un tono metálico y los servidores latían en las paredes procesando datos a una velocidad que me hacía vibrar los dientes. Era un silencio humano. Nadie hablaba. Nadie quería ser el primero en romper la tensión de una ciencia que todavía no sabíamos si nos pertenecía. El aire sabía a ozono y a esa electricidad estática que se siente justo antes de que un rayo toque tierra.

Iván estaba encorvado sobre la consola. Tenía ojeras que parecían surcos nuevos en su cara y movía los dedos sobre el teclado con un ritmo mecánico, casi violento.

—No has dormido —le dije a través del canal abierto del traje.

Mi aliento empañó el visor un segundo antes de que los filtros térmicos succionaran la humedad. Iván no apartó la vista de los monitores.

—Dormí —respondió—. Pero el cerebro no descansa cuando está resolviendo ecuaciones con miedo. La realidad es una variable muy caprichosa, Helen. No te fíes de ella.

Kwan se acercó para la última revisión. Sus manos se demoraron en la junta de grafeno de mi muñeca, presionando con una firmeza que rozaba lo desesperado. Me miró a los ojos con una gravedad que me hizo enderezar la espalda.

—No corras si no es vida o muerte. El metabolismo allá afuera es una trampa. El oxígeno está casi al treinta por ciento; sentirás una energía falsa, pero tus pulmones no están diseñados para esa presión parcial. Te cansarás antes de que tu cerebro registre el agotamiento.

—Si tengo que correr, es que el plan ya falló —respondí, sintiendo cómo el peso del traje ambiental empezaba a hundirme los hombros.

—Exacto —sentenció ella, y el tono de su voz me erizó los pelos de la nuca.

Ríos estaba detrás de la barrera de seguridad, observando mis constantes vitales en una pantalla. Ya no sonreía.

—Si sientes que la dopamina sube... apágala. No vas a admirar el paisaje, vas a sobrevivir. La emoción nubla el juicio y aquí un error de cálculo es un fósil nuevo.

—¿Quieres que sea un robot? —intenté bromear, pero me salió un sonido seco.

—Quiero que vuelvas viva —contestó él, y por primera vez vi al hombre detrás de la fachada de psicólogo.

La voz de Salazar retumbó desde la sala de observación, amplificadas por los altavoces como un trueno distante.

—Treinta minutos de ventana temporal. Ni un segundo más. Si el anclaje oscila, te sacamos. No improvises. El pasado no perdona los errores de guion.

Me coloqué en el centro de la plataforma de aleación. El sistema anunció: “Secuencia lista”. La vibración empezó en la base de mis pies, una nota baja que me hizo castañear los dientes. Luego vino la presión invertida, como si el aire quisiera escapar de mis poros, y un instante donde mi estómago decidió que la gravedad era solo una sugerencia mal planteada. El mundo se apagó.

No hubo luces ni túneles. Fue como si alguien arrancara una hoja de un cuaderno y yo cayera en el espacio blanco entre las palabras. Un vacío absoluto, sin peso, sin tiempo, donde dejé de existir durante un segundo que pareció una eternidad.

Luego, el impacto sensorial me golpeó con la violencia de un puñetazo.

El calor me atravesó las capas térmicas del traje; era un calor denso, pegajoso, con olor a azufre y a vegetación fermentada. El aire tenía densidad visual, una calima húmeda cargada

de esporas de un mundo que olía a recién hecho. Los sonidos me rodearon de inmediato: un zumbido insectil constante, como cables de alta tensión vivos, mezclado con el crujido de hojas del tamaño de sábanas y un goteo rítmico de agua que caía desde alturas imposibles. Los sensores en mi visor estallaron en alertas rojas. Oxígeno al 30%. CO2 alto. Compuestos orgánicos volátiles en niveles que harían colapsar mis pulmones en minutos. Mi cuerpo lo supo por puro instinto; tragué saliva con dificultad, sintiendo que el aire exterior era una sustancia ácida acechando tras el cristal.

—Iván —susurré, y mi voz sonó pequeña frente a la inmensidad de hace sesenta y seis millones de años—. Estoy dentro.

—Señal estable —el siseo de estática me conectó con el siglo veintiuno—. El anclaje aguanta. ¿Visibilidad?

—Buena. El aire se puede masticar.

—Solo trabaja, Helen. No lo romántices —dijo él.

"Solo trabaja". Fácil decirlo desde una silla ergonómica. Di el primer paso. El suelo no era tierra; era una alfombra de barro viejo, helechos gigantes y raíces expuestas que parecían venas de la tierra. Mis botas se hundieron cinco centímetros y los servomotores del traje zumbaron para compensar el desequilibrio. El olor era vegetal y agrio, una mezcla de madera podrida y flores con fragancias pesadas que se filtraba por los sensores químicos.

Avancé hacia un claro entre coníferas y ginkgos gigantes que bloqueaban la luz del sol, creando una penumbra verde y dorada. Me agaché y tomé la primera muestra. La tierra era negra, rica, llena de una vida microscópica que todavía no tenía nombre. La segunda muestra reveló ceniza volcánica antigua. El micrófono capturó chasquidos guturales y llamadas agudas que rebotaban en el dosel forestal. Reptiles voladores cortaban el aire con un silbido metálico. No era la música de la naturaleza que yo conocía; era una sinfonía ruda, mecánica. Entonces, el suelo vibró.

No fue un terremoto. Fue un golpe sordo que subió por las plantas de mis pies y se instaló en mi pecho como un tambor. Un golpe rítmico. Lento. Pesado. Pasos que no se apresuraban porque no tenían por qué hacerlo. Me quedé quieta, fundiéndome contra el tronco de un árbol de corteza áspera que olía a resina caliente.

A veinte metros, vi pasar un lomo enorme. Una masa viva, vasta como un autobús, desplazándose con una gracia aterradoramente silenciosa. Solo vi la espalda: una espalda de piel rugosa, como cuero viejo, con filamentos que parecían plumas primitivas. Vi los músculos tensarse bajo la piel y una cola poderosa que apartaba la vegetación con la facilidad de una cortina. Mi pecho se apretó. Fue la comprensión absoluta de que esa masa podría aplastarme sin siquiera notar que yo existía.

—¿Ves algo? —preguntó Kwan, rompiendo mi parálisis.

—Algo grande —respondí en un hilo de voz—. Muy grande.

—¿Depredador? —la urgencia en su tono era evidente.

—No lo sé. Y no tengo intención de averiguarlo.

Iván exhaló un suspiro largo.

—Bien. No te hagas la heroína. Toma la última muestra y prepárate.

El animal pasó y la vibración se fue apagando, dejando un silencio más peligroso que el ruido. El zumbido de los insectos volvió a reinar. Cuando el visor anunció "retorno en cinco minutos", sentí una punzada de rabia. Era la frustración de ser un turista en el fin del mundo. Quería más tiempo, porque mi cerebro aún no asimilaba la realidad de lo que mis ojos veían. El salto de regreso fue igual de violento, pero en sentido contrario. El universo me escupió de vuelta. Volví al presente con el cuerpo lleno de adrenalina y temblando dentro del traje. En

cuanto me quitaron el casco, el aire moderno me supo a plástico, a estéril, a nada. Me supo a muerto.

Kwan me examinó los ojos con una linterna.

—¿Cómo es? —preguntó en un susurro.

Tardé en encontrar las palabras. Mi lengua pesaba.

—Es una casa donde nada fue construido para nosotros. No es un parque ni un museo. Es un sistema perfecto donde todo está vivo y todo... absolutamente todo, te ignora. No somos ni una mota de polvo en su radar.

Salazar evaluaba los datos a distancia.

—¿Es viable?

—La señal fue estable en un 99.8% —dijo Iván—. Técnicamente, es posible.

Kwan me miró buscando una grieta.

—¿Y tú, Helen? ¿Cómo estás?

Respiré hondo el aire vacío del laboratorio.

—El entorno es más hostil de lo que creen. La atmósfera te intenta ahogar y el suelo te intenta tragar. Si quieren mandar a alguien más tiempo, olvídense de tiendas de campaña. Necesitan una cápsula sellada o van a matar a alguien por puro romanticismo científico.

Ríos asintió lentamente.

—Bienvenida al proyecto real, Helen. Ya sabes por qué no queríamos fotos.

Capítulo 4. La cápsula y el primer error humano

La cápsula llegó tres semanas después. Era un cilindro compacto de titanio y cerámica, un útero artificial diseñado para blindarme contra la presión y el asalto microscópico del Cretácico. Por dentro, el espacio era insultantemente pequeño. Las superficies de polímero liso brillaban bajo las luces ámbar del módulo de control, pensadas para no retener ni una sola mota de polen prehistórico. Al fondo, la zona de almacenamiento de muestras parecía una morgue en miniatura.

También tenía un sistema de sonido ambiente.

—¿De verdad? —le pregunté a Iván. Sus manos temblaban mientras conectaba cables de fibra óptica al panel principal. Tenía los ojos inyectados en sangre y el olor a café rancio pegado a la ropa.

Iván se encogió de hombros y se ajustó las gafas con el dorso de la mano.

—Ríos dice que el aislamiento total produce psicosis. Cree que el silencio te rompería la cabeza antes que un depredador.

—El silencio allá no existe, Iván. Si dejas de oír a los insectos, es que algo grande viene. Si el viento cambia, lo sabes por el roce de las hojas. Esa música de ascensor me va a ocultar la información que necesito para no morir.

—No pelees conmigo, Helen —susurró Iván sin levantar la vista—. El Comité de Ética quiere que creas que sigues en casa. Pelea con los psicólogos de arriba.

Kwan se acercó revisando una tableta. Caminaba con esa rigidez suya, como si cada paso fuera un protocolo. Se detuvo a mi lado y habló bajo, con la vista fija en la pantalla.

—Hay gente en las plantas superiores que no confía en ti. Eres una variable no controlada.

—He cumplido cada instrucción —dije, notando cómo la mandíbula se me tensaba.

—Eres demasiado joven. No vienes de la academia ni del ejército. Para ellos eres un activo externo que Salazar encontró en un cañón. Y ahora se huele el favoritismo. Salazar te está protegiendo más de lo que debería.

—¿El general me protege?

—No quiere mártires —Kwan me miró por fin con una seriedad gélida—. Quiere resultados limpios. El papeleo de una muerte en el pasado es una pesadilla logística que no piensa firmar. Eso lo vuelve tu aliado, por ahora. Pero si te vuelves un lastre, te cortará el cable sin parpadear.

Esa frase se me quedó clavada en el estómago como una piedra mientras me sellaban en la cápsula.

La misión de cuarenta y ocho horas aterrizó con un golpe seco en el lodo. El mundo exterior pareció protestar ante la intrusión. La cápsula se sentía como una astilla del siglo veintiuno clavada a la fuerza en el barro primordial. El primer día fue una rutina agotadora de disciplina: salir sellada, recoger sedimentos, monitorizar el aire, volver y pasar por el ciclo de esterilización química tres veces. Era un ritual religioso dictado por el miedo a traer de vuelta una espora invasora que sentenciara el presente.

El segundo día, el aire se volvió más denso. El vello de mis brazos se erizó bajo el traje por la electricidad estática. Entonces los vi.

No fue un encuentro de cine. Fue una transición lenta de sombras a formas. Estaban en la periferia de un claro de helechos, moviéndose con una confianza líquida. Eran más pequeños de lo que decían los libros, apenas me llegaban a la cadera, pero resultaban infinitamente más inquietantes. Estaban cubiertos de plumas oscuras y tornasoladas que atrapaban la luz. Sus cabezas giraban con microajustes mecánicos; cada sonido era un dato procesado al instante.

Me quedé inmóvil detrás de una conífera caída. La cápsula brillaba a cincuenta metros, un error cromático en mitad del verde. Uno de los raptos se separó del grupo. Caminó hacia mi posición con movimientos espasmódicos. No me olfateaba como un perro; analizaba la anomalía química que yo representaba en su mundo.

Mi corazón martilleaba contra las costillas. No era pánico a un monstruo, era la comprensión de su eficiencia. Sus ojos eran orbes dorados con pupilas verticales, vacíos de cualquier rastro de empatía. Era un algoritmo biológico perfecto.

En ese momento, mis dedos se movieron solos. En el suelo, enganchada en una raíz cerca de mi bota, había una pluma que el animal había soltado. Fue una falla en mi sistema de supervivencia. Extendí la mano y la arranqué del barro. El contacto duró menos de un segundo.

El raptor se giró con una precisión balística. Me miró directo al visor. No atacó ni rugió. Solo me observó con una curiosidad analítica, como si acabara de romper una regla fundamental de la física. En ese cruce de miradas, supe que él entendía que yo no pertenecía a ese lugar. Yo era una intrusa.

Retrocedí centímetro a centímetro. No corrí. El pánico te convierte en un patrón de presa conocido y eso es lo que te mata. El raptor emitió un clic seco, casi como el obturador de una cámara vieja, y regresó con los suyos. El grupo se desvaneció entre la maleza como si nunca hubiera existido.

Me quedé temblando, apretando la pluma contra la palma del guante. Corrí hacia la cápsula con los pulmones ardiendo. Sellé la esclusa y activé la esterilización máxima tres veces seguidas. Me dejé caer en el suelo, escuchando mi respiración sonar como una máquina averiada.

—Helen —la voz de Iván crepitó en el casco—. Tus biométricos están disparados. ¿Estás herida?

La mentira pesaba más que la atmósfera del Cretácico.

—Hice contacto —susurré.

Hubo un silencio sepulcral. Luego, la voz de Kwan llegó cargada de una decepción que dolía más que un grito.

—¿Qué has hecho exactamente?

—Tomé una muestra no programada. Una pluma. Estuvo demasiado cerca.

Ríos intervino con un tono clínico, teñido de tristeza.

—¿Por qué? No estaba en el protocolo.

Miré la pluma dentro del contenedor de bioseguridad. Era negra, con reflejos azules. Una pieza de historia física.

—Porque soy humana. Y eso es exactamente lo que no debería ser aquí. Vine a ser una cámara y terminé queriendo tocar el mundo.

—¿Hubo reacción en el espécimen? —preguntó Iván.

—Me analizó. Luego se retiró. Han cambiado su ruta de migración; se alejan de la cápsula. Sentí cómo la cápsula se cerraba sobre mí. Había alterado el comportamiento de una especie clave. Habíamos dejado una huella. El peligro real no era que un dinosaurio me comiera, sino que nuestra propia curiosidad terminara por desmoronar la estructura del tiempo.

Volví al presente cargada de una culpa asfixiante. Salazar no me gritó al salir de la cámara de descompresión. Su silencio absoluto fue peor. Su mirada decía claramente que esto era solo el principio del fin.

Esa noche, Ríos me encontró en la cafetería mirando una taza de café frío. Se sentó frente a mí sin pedir permiso.

—¿Te sientes culpable?

—Me siento tonta. Como una niña que intentó tocar el fuego sabiendo que quema.

—La culpa es útil si te vuelve cuidadosa. El miedo es útil si te mantiene alerta. Lo que nos va a matar aquí es el orgullo. ¿Crees que podrías empezar a sentirte especial por haber conectado con ellos?

Pensé en el brillo dorado del ojo del raptor. En esa inteligencia fría que no pedía permiso para existir.

—Sí —admití con la garganta seca—. Y eso me asusta más que cualquier depredador.

Ríos me dedicó una sonrisa triste.

—Bien. Mientras te asuste, todavía tienes el control. El día que dejes de tener miedo de lo que haces allí atrás, ese día habremos perdido la guerra contra el tiempo.

Capítulo 5. Villanos con traje y sonrisas

La puerta automática siseó al abrirse y un aroma a perfume caro, de ese que no debería existir a treinta metros bajo tierra, me golpeó de inmediato. No había rugidos ni motores, solo el silencio tenso de una oficina demasiado grande.

Tres semanas después de lo del claro, cuando todavía sentía un calambre en las piernas cada vez que recordaba el paso de los raptos, me sentaron frente a una mesa de roble pulido. Era una sala nueva, de esas que huelen a pintura fresca y a presupuestos que nadie se atreve a cuestionar.

En la cabecera, donde siempre se sentaba Salazar, había un hombre que no conocía. Llevaba un traje oscuro de un corte tan perfecto que parecía una armadura de seda. No tenía la piel curtida por el sol ni las ojeras que Iván y yo compartíamos como un uniforme; tenía el cabello peinado con una precisión que resultaba insultante. Salazar estaba de pie junto a la ventana, con la espalda tan rígida que parecía una estatua de granito. Me presentó con una voz que sonaba a obligación masticada.

—Subsecretario Valdés, de la oficina de Coordinación Estratégica.

Valdés se levantó y me tendió la mano. Tenía la piel tibia y suave, la mano de alguien que nunca ha tenido que sujetar una cuerda de rescate o una muestra de lodo podrido. Me sostuvo el saludo un segundo de más, observándome como si estuviera tasando una pieza de colección.

—Helen, un placer absoluto. Has hecho historia, muchacha. Lo que lograste en esas cuarenta y ocho horas ha cambiado el tablero de juego.

No le devolví la sonrisa. Mantuve la mano firme, pero no hice fuerza.

—No hice historia —le respondí—. Solo volví viva. Y me costó lo suficiente.

Valdés soltó una risa ensayada, de esas que buscan que bajes la guardia. Me llamó "activo extraordinario". Sentí un pinchazo en el estómago al oír esa palabra. No era una persona, ni una operadora. Era una cifra en un balance. Una herramienta con pulso.

Kwan estaba al fondo de la sala, con los brazos cruzados tan fuerte que sus nudillos destacaban blancos sobre su piel. Iván se había pegado a la pared, intentando volverse invisible mientras no despegaba los ojos de Valdés. Ríos, en cambio, observaba desde el final de la mesa con la paciencia de quien espera a que la presa cometa el primer error.

Valdés encendió la pantalla. Las imágenes de mis cámaras aparecieron allí, brillantes y nítidas: el lomo del herbívoro, el parpadeo del raptor, el verde asfixiante del bosque. Habló de potencial, de ventaja estratégica y de impacto geopolítico. Trataba al pasado como si fuera un país extranjero que estábamos a punto de invadir.

—En un futuro cercano —dijo, bajando el tono como si compartiera un secreto—, podríamos considerar traer un espécimen. Algo pequeño. Un activo biológico tangible.

Kwan golpeó la mesa con la palma de la mano. El sonido fue seco, como un disparo.

—No.

Valdés no perdió la compostura, pero sus ojos se entrecerraron. Le pidió a la doctora que le permitiera terminar, con una condescendencia que me hizo apretar los dientes.

—No importa lo que digas, Valdés —respondió ella con la voz temblando por la furia—. No se mueve vida a través del umbral. Es la regla número uno. Es la base de nuestra seguridad biológica.

Valdés suspiró, fingiendo un cansancio que no tenía, y giró su silla hacia mí.

—Helen, tú has sentido ese mundo. ¿Qué piensas? ¿No crees que la humanidad merece ver lo que estamos viendo? ¿No crees que el conocimiento justifica el riesgo?

Sentí el peso de todas las miradas. Era el truco más viejo del búnker: usar mi cara para silenciar la ciencia de Kwan.

—Traer vida es cambiar la naturaleza de todo —dije, midiendo cada sílaba—. Es un milagro que no hayamos contaminado el pasado con nuestras bacterias. Traer algo vivo sería una intervención irreversible. No hablamos de una muestra de tierra; hablamos de un organismo que no pertenece a esta biosfera.

Valdésladeó la cabeza, adoptando una expresión de curiosidad falsa. Habló de patentes médicas y de ADN puro.

—Usted solo ve el valor político —le interrumpí—. Y eso no compensa el riesgo de una pandemia de hace sesenta millones de años para la que no tenemos diagnóstico. Usted no quiere ciencia, Subsecretario. Quiere un zoológico privado.

Valdés soltó una risa mínima. Me miró como si fuera una niña paranoica que no entiende cómo funciona el progreso. Dijo que los sistemas de contención eran infalibles.

Iván intervino entonces, con la voz plana y cargada de datos. Explicó que el riesgo biológico inverso no estaba cuantificado y que la interacción de proteínas antiguas con nuestra atmósfera podría generar mutaciones en segundos. Para él, si no había forma de garantizar la contención absoluta, el sistema ya estaba fallido.

Valdés levantó una mano, cortándolo. Dijo que para eso existía el liderazgo, para asumir lo que los técnicos no se atrevían a imaginar. Salazar, que no se había movido de la ventana, habló finalmente. Su voz fue un muro de hielo.

—El liderazgo también consiste en saber cuándo no cruzar una línea, Subsecretario. Mi responsabilidad es la seguridad nacional, y lo que usted propone es una brecha del tamaño de un asteroide. Mientras yo esté al mando, no entra nada vivo por esa puerta.

Valdés lo miró sorprendido. En sus ojos brilló algo parecido a una promesa de venganza política. Ríos tomó la palabra entonces, con ese tono suave de quien intenta calmar a un animal asustado. Le preguntó por qué tanta prisa, por qué forzar la mano ahora.

—Porque el mundo no espera, psicólogo —respondió Valdés, ajustándose los puños de la camisa—. Porque otros países tienen sus propias ambiciones. El que llega primero escribe las reglas.

—El mundo siempre espera, Valdés —dijo Ríos—. El tiempo lleva ahí millones de años. Los que no esperan son los políticos que necesitan un logro antes de las elecciones.

La tensión en la sala se volvió física. Valdés se levantó lentamente, se arregló el saco y nos dedicó una última mirada. Se detuvo frente a mí y su expresión fue fría como un cuchillo.

—Cuídate mucho allá afuera, Helen. Eres demasiado importante para que algo te pase antes de que terminemos nuestro trabajo.

No contesté. Me quedé mirándolo hasta que la puerta se cerró. Kwan soltó un suspiro largo, dejándose caer en una silla. Dijo que ese hombre iba a destruir el proyecto para convertir la vida en una mercancía.

—O va a morir en el intento —añadió Salazar con una voz sombría.

Iván se acercó y me puso una mano en el hombro. Me susurró que no dejara que me convirtieran en su historia, que yo era la única que de verdad pisaba el barro. Asentí, pero sentí un frío que no tenía nada que ver con el aire acondicionado. El proyecto tenía hambre, y el hambre de hombres como Valdés siempre encontraba la forma de devorarlo todo.

Capítulo 6. Siete meses para no ser protagonista

El entrenamiento para la misión de seis días fue la parte más cruel de todo el Proyecto S, precisamente porque no tenía dinosaurios. No había selvas ni aventuras. Tenía espejos. Espejos y una soledad diseñada en laboratorios de conducta humana que olían a ozono y a encierro.

Me encerraban en una cámara de privación sensorial donde la realidad virtual se alimentaba con mis propios datos de misiones anteriores, pero Iván la hackeaba con un caos artificial. Los "glitches" no eran errores técnicos, eran trampas: el indicador de oxígeno caía a cero de golpe, obligándome a controlar la hiperventilación; un siseo de reptil surgía a mi espalda solo para desvanecerse en un silbido de viento; o una sombra se estiraba en la periferia de mi visor, obligándome a girar el cuello hasta que los músculos me ardían. Pasaba horas en las que el único sonido era el ritmo de mi propia respiración, una percusión constante dentro del casco. Querían ver si mi mente, desesperada por encontrar un patrón en el vacío, empezaba a inventar monstruos donde no los había. No buscaban que fuera valiente; buscaban que fuera una pieza de maquinaria capaz de aburrirse sin perder la eficacia.

Me enseñaron la coreografía de la supervivencia. Aprendí a moverme solo cuando las ramas de los helechos se movían con el viento, mimetizando mi peso con el del entorno. Aprendí a quedarme inmóvil, controlando el pulso para que el sudor no empañara el cristal del casco. Me obligaron a renunciar a muestras valiosas, dejando atrás fragmentos de roca o plantas raras si el esfuerzo por alcanzarlas delataba mi posición. Me convirtieron en un fantasma. —Si el mundo te nota, el mundo te corrige —me repetía Salazar en el campo de tiro, mientras el retroceso de las armas cinéticas me sacudía los hombros. No era un consejo, era una sentencia—. Y tú no quieres que la historia te corrija.

Me entrenaron con armas de pulso, pero la instrucción real fue un jarro de agua fría en la cara. Me explicaron que no se dispara para ganar; nadie gana contra una masa de músculo y hueso de varios pisos de altura. Se dispara para comprar tres segundos de duda. Para que el animal intente entender qué es ese ruido sordo que le quema el hocico mientras tú aprovechas para desaparecer.

Un martes, tras una simulación de cuarenta minutos bajo una lluvia virtual que me taladraba los oídos con chasquidos guturales que el sistema nunca identificó, me quebré. Me senté en el suelo de concreto del hangar, todavía con el traje puesto y el casco a un lado. Sentí un peso físico en el pecho, una fatiga que no era muscular, sino el cansancio de cargar con millones de años sobre la espalda.

Ríos se sentó a mi lado. Dejó su tableta en el suelo y se quedó mirando el vacío conmigo. No había lástima en su gesto, solo esa paciencia gélida de quien ha visto a demasiada gente romperse bajo la presión.

—¿Por qué sigues aquí, Helen? —preguntó. No era una evaluación de mi perfil operativo. Era la voz de un hombre que buscaba una razón para seguir allí él mismo.

Pensé en Mateo. En su playera de Jurassic Park que ya empezaba a quedarle pequeña y en cómo se le iluminaba la cara cuando hablaba de sus "amigos" extintos. Pensé en el raptor del claro, en ese ojo dorado que me miró como si yo fuera una mancha en el paisaje. Pensé en Valdés, esperándome fuera como un buitre que calcula cuánto puede exprimir de su activo.

—Porque si no lo hago yo —dije, y noté el sabor amargo de la hiel en la garganta—, lo hará alguien que quiera ser un héroe. Alguien que intente domar el pasado. Y ese alguien nos va a matar a todos.

Ríos asintió despacio. Sus ojos se entrecerraron mientras procesaba mis palabras. —¿Y tú? ¿No te imaginas con tu nombre en los libros de texto dentro de un siglo?

—A veces —admití, y la confesión me dolió—. A veces me imagino siendo la Conquistadora del Tiempo. Y en cuanto la idea cruza mi cabeza, siento ganas de vomitar.

Ríos sonrió, y por primera vez las arrugas de sus ojos parecieron reales. —Ese asco es tu mejor armadura, Helen. Es lo que te impide volverte loca como los demás.

El día antes del salto de seis días, Valdés apareció en los pasillos de preparación como una mala premonición envuelta en perfume caro. Me encontró revisando las juntas de sellado del casco.

—Helen, mi activo favorito. ¿Lista para hacer historia de verdad? Seis días es mucho tiempo. Casi el suficiente para que el mundo se olvide de que te fuiste.

Lo miré a través del visor de policarbonato, viendo su cara distorsionada por el reflejo del cristal. —No voy a hacer historia, Subsecretario —le dije, y mi propia voz sonó fría, ajena—.

Voy a hacer mi trabajo. Y voy a volver.

Valdés ensanchó su sonrisa de depredador. —Eso también es historia, muchacha. La supervivencia es la mejor narrativa para vender un proyecto.

Se fue silbando una melodía que resonaba en las paredes estériles del búnker. Kwan, que había estado observando desde la sombra, se acercó y me sujetó del brazo. Sus dedos apretaron con una fuerza inusual y vi que sus ojos estaban inyectados en sangre por la falta de sueño.

—Prométeme una cosa, Helen —susurró, y su aliento olía a café rancio—. Una sola cosa.

—Dime.

—Si algo se rompe allá afuera... si la cápsula falla o el aire cambia, si sientes que el suelo se hunde o que el mundo te está expulsando... vuelve. No te quedes por orgullo. No intentes ser la que "casi lo logra". Si el pasado te dice que te vayas, te vas. ¿Entendido?

—Lo prometo, doctora. Vuelvo.

En ese momento, esa promesa fue lo único que me mantuvo con los pies pegados al suelo del presente.

Capítulo 7. Seis días: cuando el mundo te corrige

El salto de seis días fue diferente desde el primer milisegundo. Sentí el peso extra de los módulos de soporte vital y la presión de los sensores adicionales que Iván había cosido al traje. El transbordador de salto vibraba con una frecuencia tan alta que me hacía doler los oídos incluso antes de encenderse.

Llegué a la plataforma con mi ritual de resistencia: mis botas de montaña, mi falda favorita cubriendo las mallas tácticas, las coletas tirando de mi cuero cabelludo y mis lentes de sol puestos. No era por vanidad; era mi forma de decirles que no era un número de serie ni un uniforme. Era una chica de veintiséis años que todavía odiaba la oscuridad y que solo quería regresar a casa.

En la cápsula de preparación, Salazar me revisó las juntas por última vez. Su rostro era una superficie de piedra sin grietas. —Seis días, Helen. Sin vida, sin rastros, sin excepciones.

—Entendido, General.

Iván, frente a su consola, tenía las manos firmes pero su piel se veía translúcida de la palidez.

—He instalado un protocolo de eyección rápida. Si presionas el escape, el anclaje te arranca de allí en 0.4 segundos. Vuelves tú y el traje. Todo lo demás se queda. En una emergencia de nivel cinco, no podemos extraer masa muerta. Es tu vida o el equipo.

—Lo sé.

Kwan me miró como si estuviera despidiendo a un soldado en el muelle de un puerto de guerra. Ríos se acercó al intercomunicador. —Si sientes la tentación de hacer algo interesante para los de arriba... piensa en Mateo. Piensa en el niño que espera que su hermana le cuente cuentos, no que se convierta en uno.

La frase me golpeó como un impacto físico. Me sentí vulnerable, expuesta. Le pregunté cómo sabía de Mateo. Ríos se encogió de hombros con una melancolía profesional. Me dijo que estaba en mi expediente, que él era mi ancla y que no debía soltarla. Lo odié por usar a mi familia como una palanca de control, pero el recordatorio fue lo único que me permitió respirar hondo mientras se cerraba la escotilla.

El salto fue el vacío de siempre. Esa nada absoluta donde dejas de tener cuerpo y peso. Y luego, el estallido sensorial: el calor del Cretácico me golpeó como una pared de vapor, la humedad se pegó a mi visor y el zumbido de la vida prehistórica me llenó los oídos.

Los primeros cuatro días fueron una rutina de peligro bajo control. Recogí núcleos de sedimento y grabé audios en 3D. Vi árboles donde los pterosaurios anidaban como gárgolas vivas y toqué hojas que se cerraban con la fuerza de una trampa de metal. Observé nidos de raptores desde lejos, viendo cómo sus colas se movían con una coordinación mecánica. El tercer día, una criatura emplumada y rápida me siguió durante unos metros. Me detuve en seco, convertida en piedra, y el mundo dejó de verme porque dejé de actuar como una presa. El quinto día llegó el error.

Fui al delta del río, un lugar de aguas lentas y turbias que olían a lodo sulfuroso. El traje de inmersión me hacía sentir como un pez de metal torpe. El agua estaba caliente, casi a temperatura corporal. Mientras tomaba muestras, sentí una presión en la nuca. El agua me observaba. Salí de allí con una urgencia que no venía de la lógica, con la sensación de que algo masivo se deslizaba bajo la superficie esperando que yo diera un paso en falso.

Pero el juicio final me esperaba en tierra firme.

Estaba cruzando un claro cuando la luz cambió. Las nubes se cerraron con una rapidez antinatural y el aire se cargó de estática. Entonces, surgió de entre los ginkgos gigantes.

Un *Triceratops horridus* adulto.

Ninguna simulación de realidad virtual te prepara para esa escala. No era majestuoso como en los libros; era una estructura de guerra orgánica. Una montaña de músculo y queratina. Su gola ósea estaba marcada por cicatrices de peleas viejas y su piel parecía una cordillera de cuero endurecido con barro seco pegado como una armadura. Su respiración era un resuello cavernoso que parecía consumir todo el oxígeno del lugar.

Sus ojos, pequeños y oscuros, se clavaron en los míos. Había una territorialidad absoluta en esa mirada. El tiempo se estiró. No sentí pánico, sentí una claridad gélida: estábamos los dos en el mismo espacio, y yo era la que sobraba.

El animal bajó la cabeza. Sus cuernos de casi un metro apuntaron directo a mi abdomen. Y embistió.

El suelo retumbó bajo mis pies con cada zancada. Mi cuerpo quiso correr, pero el entrenamiento de Salazar gritó en mis oídos: "¡No corras! ¡Si corres eres presa! ¡Mantén el ritmo!". Retrocedí buscando un ángulo de salida. Mi mano bajó hacia el arma de pulso, pero no la saqué. Sabía que un disparo no detendría toneladas de impulso; solo lo enfurecería. Sería como tirar una piedra contra una locomotora en marcha.

El animal redujo la velocidad justo antes del impacto, ajustando la trayectoria. Rugió, un sonido sordo que hizo vibrar mis pulmones dentro del traje. Pude oler su aliento, una mezcla de vegetación podrida y calor animal.

Y entonces, el cuerno derecho me alcanzó.

Fue un golpe seco, brutal. Escuché el crujido del titanio cediendo bajo la presión de la queratina. Sentí la fuerza antes que el dolor: una presión que me empujó desde dentro. El aire se me escapó en un jadeo y el visor se llenó de alertas rojas. Cuando mis rodillas tocaron el barro, el mundo se volvió demasiado cercano.

Caí hacia atrás y la luz blanca del shock me nubló la vista. Sentí algo caliente y fluido extendiéndose dentro del traje, empapando mi falda y mi piel. Sangre real. La prueba de que no era una idea de Valdés, sino algo frágil que no debía estar allí.

Vi la cabeza del animal bajando de nuevo para el segundo golpe, el que me aplastaría contra la tierra. Sus ojos no tenían odio, solo la indiferencia de quien aparta una piedra del camino.

En ese momento no pensé en la ciencia ni en el proyecto. Pensé en Mateo esperándome en el coche. Luchando contra el desmayo, busqué el botón de eyección en mi antebrazo con los dedos entumecidos.

Lo presioné.

El mundo se rompió como un espejo estrellado.

Capítulo 8. La cápsula sola

Aparecí en el presente y el mundo me recibió con un puñetazo de realidad biológica. El dolor, que en el Cretácico se había sentido como una luz blanca y lejana, regresó con una furia salvaje en cuanto el anclaje temporal me soltó sobre la plataforma de metal. La gravedad, que antes era una sugerencia, se volvió una losa de cemento sobre mi pecho. Sentí el golpe seco de mis rodillas contra el acero frío y el crujido del traje dañado que protestaba con cada movimiento. Fue como si mi cuerpo hubiera estado esperando a que el tiempo me devolviera el permiso de sufrir.

El silencio del laboratorio se rompió en mil pedazos. Las alarmas de bioseguridad aullaban en un rojo frenético que me hería la vista. Escuché el siseo violento de las mangueras de descontaminación antes de sentir el chorro químico golpeando mi traje destrozado; el líquido se filtraba por la grieta del abdomen, mezclándose con la sangre tibia que empapaba mi ropa. Intenté respirar, pero el aire sabía a cloro y a pánico. Alguien gritaba órdenes que me llegaban amortiguadas, como si estuviera bajo el agua. Me arrastraron a una camilla mientras la sangre y los fluidos hidráulicos del traje dejaban un rastro oscuro y viscoso sobre el suelo inmaculado. Vi a Iván tras el cristal; tenía la cara blanca como el papel y se tapaba la boca con ambas manos. Kwan corría hacia mí con un equipo de trauma, sus ojos fijos en la herida que yo todavía no me atrevía a mirar.

Antes de que la máscara de anestesia bajara sobre mi rostro, busqué la mano de Salazar. La encontré y la apreté con una fuerza que nació del puro miedo a que todo lo que conocíamos se desmoronara. No pedí por mi vida, ni pregunté si conservaría el brazo. Mis pulmones se llenaron de ese gas dulce y pesado mientras soltaba la única verdad que importaba:

—La cápsula... se quedó allá. La puerta está abierta.

Desperté tres días después en una habitación que olía a esterilidad y a mentiras. Tenía una cicatriz que me cruzaba el abdomen como un recordatorio geológico, una línea roja y dura que tiraba de mi piel cada vez que intentaba enderezarme. Durante las primeras noches, el hospital se sentía irreal. Las luces fluorescentes del techo parpadeaban con una frecuencia que me recordaba al zumbido de los insectos gigantes, y el roce de las sábanas limpias me parecía un insulto comparado con la densidad del lodo prehistórico que todavía sentía bajo las uñas.

Valdés no tardó en aparecer. No entró en mi habitación, pero su rastro estaba en todas partes. Me enteré por el televisor que Iván había escondido en un rincón: hablaban de resiliencia operativa y de la heroicidad del sacrificio. Valdés estaba en los despachos de arriba convirtiendo mi tripa perforada en un eslogan de marketing para pedir más presupuesto. Para él, mi herida no era un error humano o una tragedia biológica; era la oportunidad de oro para vender el precio del mañana. Mientras yo luchaba por beber un vaso de agua sin que el abdomen me ardiera, él ya estaba redactando discursos sobre el coraje nacional.

Salazar lo frenó con una agresividad burocrática que rozaba la insurrección, pero el daño ya estaba hecho. El problema no era mi cicatriz, sino la anomalía que habíamos dejado atrás. La cápsula, con sus baterías de litio, sus polímeros sintéticos y las grabaciones digitales, era una herida abierta en el tejido del tiempo. Un cilindro del siglo veintiuno pudriéndose en el lodo del Mesozoico. El pasado no tiene estómago para digerir el futuro, y esa pieza de acero era una infección que no debía existir.

Pasó un mes. Las heridas físicas cerraron, pero la mente no sabe de puntos de sutura. Cada vez que cerraba los ojos, veía la cápsula sola en la penumbra del bosque, rodeada de depredadores que olisqueaban el metal sin comprender su procedencia. Sentía el tirón de esa cuenta pendiente en el pecho.

—Déjenme volver —le dije a Salazar cuando por fin pude caminar hasta su oficina sin que las rodillas me temblaran.

Él no levantó la vista de sus informes. Tenía los hombros más hundidos y el cabello más gris que antes del incidente.

—Estás en baja médica, Helen. Jadearías antes de llegar a la plataforma.

—No necesito correr. Necesito cinco horas. Un salto de precisión. Ir, activar la autodestrucción, recuperar el núcleo y cerrar la puerta. Sin fotos, sin gloria. Solo limpiar el desastre.

Salazar guardó silencio. Sabía lo mismo que yo: si alguien encontraba ese rastro en el futuro, o si un solo microorganismo moderno alteraba la cadena evolutiva, el presente se desharía como un jersey de lana viejo. Cuando habló, su voz sonó como piedra chocando contra piedra:

—Te daré la autorización. Pero no es porque crea que estás lista. Es porque si no lo haces tú, Valdés enviará a un equipo de mercenarios que entrarán allí disparando a todo lo que respire. Alguien lo hará peor que tú, Helen. Y el mundo no aguantará un segundo error.

Iván preparó la misión en un secreto absoluto. Trabajamos de noche, evitando las cámaras y a los analistas que Valdés había sembrado por el complejo. Iván no hizo bromas esta vez; sus dedos volaban sobre el código con una seriedad que asustaba. Kwan me entregó un kit de esterilización reforzado y me apretó el hombro. Sus ojos, normalmente gélidos, me sostuvieron la mirada durante un segundo de más. No hubo buena suerte, solo un entendimiento mudo de que era nuestra última oportunidad. Ríos fue el último en verme. Me esperaba junto a la cámara de salto, despojado de su sonrisa de psicólogo amable.

—No vuelvas por culpa, Helen. La culpa es un lastre; te hace lenta y te hace dudar cuando tienes que apretar el botón de regreso. Si vas allí solo para castigarte, el pasado te va a devorar antes de que te des cuenta.

—¿Entonces por qué vuelvo? —pregunté, sintiendo el roce frío del traje nuevo sobre la cicatriz.

Ríos se acercó.

—Vuelve por cierre. El pasado no es tu casa, ni tu museo, ni tu enemigo. Es un sistema que dejamos desequilibrado. Ve allí, arregla el desastre y cierra la maldita puerta. No le debes nada a ese mundo, y ese mundo no te debe nada a ti.

—Por cierre —respondí, bajando el visor.

Esta vez no hubo rituales con gafas de sol ni bromas sobre Mateo. Solo la determinación amarga de quien va a recoger sus propios vidrios rotos. Me coloqué en el círculo de salto. Iván me dio el visto bueno con el pulgar, aunque sus ojos estaban fijos en las fluctuaciones de energía. La secuencia comenzó. Sentí la vibración en los dientes y la presión que me vaciaba los pulmones. Esta vez, el vacío no fue una ausencia de luz, sino un túnel hacia una deuda que no podía permitirme no pagar. Tenía cinco horas para evitar que nuestra era se convirtiera en un fósil antes de tiempo.

Capítulo 9. El eco de la retirada

La sala de transbordo, a las tres de la mañana, albergaba un tipo de silencio que no aparecía en los manuales de entrenamiento. No era el vacío aséptico de la ciencia ni la quietud tensa de la espera militar; era un silencio denso, amargo, cargado de una culpa que parecía filtrarse por los conductos de la ventilación. El aire acondicionado arrastraba partículas de arrepentimiento que se me pegaban a la piel antes de sellar el traje.

Solo estábamos Salazar, Iván y yo. Tres sombras moviéndose en un teatro de luces bajas y pantallas que parpadeaban con una urgencia eléctrica. Salazar revisaba el armamento con una parsimonia que rozaba lo hipnótico, deslizando sus dedos sobre el metal frío como si buscara respuestas en el acero. Iván, por su parte, no despegaba los ojos de los flujos de energía. Sus manos temblaban apenas sobre el teclado, como si temiera que el tiempo decidiera cerrarnos la puerta en la cara por el pecado de intentar volver a corregir lo que ya habíamos roto.

Me llevé la mano instintivamente al cuello, buscando el roce del pequeño dije de plata que siempre llevaba bajo el traje. Era una pieza sencilla, desgastada por el tiempo, el único objeto que me hacía sentir que todavía tenía un anclaje con el mundo de arriba, con Mateo y con la casa que olía a café y no a ozono. Sentir el metal frío contra mis dedos me recordó que esta vez no iba por la ciencia ni por Valdés; iba por nosotros.

Y entonces ocurrió el error humano más simple de todos: un tipo de limpieza con una cubeta y un trapeador.

Apareció por el pasillo lateral, con el paso cansado de quien solo espera terminar su turno. Se detuvo en seco al vernos. Su mirada saltó de la plataforma de salto a nuestras caras sombrías, y en sus ojos se leyó una transición violenta: el desconcierto, el miedo y, finalmente, esa chispa peligrosa de quien acaba de encontrar una historia que nadie le va a creer, pero que arderá por contar en cuanto salga de allí. Era la cara del riesgo imprevisto, una variable que ningún algoritmo de Iván podía predecir.

Salazar lo vio y su mandíbula se tensó con tal fuerza que creí escuchar el crujido del hueso bajo la piel. En ese instante supe que el general estaba calculando el daño. Ese hombre era una filtración en potencia, un cabo suelto en una misión que no existía para el mundo exterior. Pero no hubo tiempo para protocolos de seguridad ni para sacarlo de allí con discreción. El reloj de la ventana temporal era un verdugo que ya había bajado el hacha. La secuencia ya estaba en marcha.

—Olvida al civil, Helen. Concéntrate —la voz de Iván llegó como un susurro urgente a través del auricular, rompiendo mi parálisis. Sus ojos me suplicaban desde la consola—. Tienes cinco horas exactas. Vas, recuperas el núcleo de datos, activas el colapso de la cápsula y vuelves. No te detengas a mirar el paisaje. No busques respuestas. Sé una herramienta de precisión.

—Entendido —respondí, ajustando la presión de mis guantes mientras sentía el peso del dije contra mi pecho.

Salté.

El vacío me soltó en el pasado y el aire me golpeó con la violencia de un reencuentro que el planeta no deseaba. Era pesado, vivo, hostil. El hedor a vegetación en descomposición mezclado con la vitalidad eléctrica de los insectos gigantes me llenó los pulmones, recordándome por qué casi pierdo la vida en ese mismo barro.

La cápsula estaba allí, a unos veinte metros, pero el entorno la había devorado. Ya no era un objeto extraño caído del cielo; era parte de la geografía del Cretácico. El ecosistema la había asimilado con una indiferencia aterradora. Había rutas de huellas profundas rodeándola,

helechos aplastados por el peso de cuerpos masivos y zonas de suelo limpio donde los animales habían pasado una y otra vez, integrando el cilindro de titanio en sus mapas territoriales como si fuera una roca más. La cápsula era ahora un punto de referencia para criaturas que no conocían el concepto del acero.

Me acerqué con la cautela de quien entra en un templo lleno de enemigos durmiendo. Me detuve cada pocos pasos, dejando que el traje compensara mi peso para no alertar al suelo. Me volví irrelevante, una sombra entre las sombras de los ginkgos. Respiré ese aire cargado, notando cómo mi cuerpo empezaba a reconocer la densidad de la atmósfera como un viejo trauma.

Entré en la cápsula y el olor me golpeó: rancio, a electrónica recalentada y al rastro metálico de mi propia sangre seca que todavía manchaba parte del panel. Me senté en el módulo de control y mis dedos empezaron a volar sobre el teclado. Los cálculos de regresión de masa aparecían en la pantalla mientras recuperaba los datos del disco duro. Esos archivos le importaban a Valdés, pero para mí eran solo el peso que me impedía cerrar la puerta y huir. Y entonces, el suelo tembló de una forma nueva.

No fue la vibración rítmica de un solo animal. Fue un movimiento masivo, una marea de choque que subía desde las profundidades de la tierra, desplazando el lodo y las raíces. No venía de un punto fijo; venía de todas partes.

Miré por el visor de gran angular y el corazón se me detuvo. Una estampida de herbívoros — una marea de lomos grises, golas óseas y patas que golpeaban como columnas de piedra — venía hacia la zona en un frenesí de barro y ruido ensordecedor. No venían por mí; ni siquiera sabían que yo existía. Venían porque algo mucho más grande, o quizás algo mucho más hambriento, los estaba empujando desde el bosque profundo. Era el pánico colectivo, la naturaleza en su estado más bruto.

Sellé la escotilla con un golpe seco que resonó en mis oídos. Apagué todos los sistemas visuales y auditivos para no atraer curiosos, quedando sumida en una penumbra ámbar. No presioné el escape de inmediato. Iván me había advertido: crear un vacío súbito en medio de una trayectoria de colisión de masa causaría una anomalía física que nos desintegraría en el acto. Tenía que esperar el hueco.

La cápsula se sacudió violentamente. Un cuerpo masivo, toneladas de carne y hueso en pánico, golpeó el costado de titanio. Sentí el impacto directamente en mis huesos, justo donde la cicatriz de mi abdomen palpitaba con un dolor fantasma que parecía querer abrirse de nuevo. El metal gimió bajo la presión. Me aferré al asiento, cerrando los ojos con fuerza y apretando el dije de mi cuello hasta que los bordes me lastimaron la palma de la mano. Recé a un Dios en el que apenas creía para que Mateo no tuviera que crecer sin saber la verdad. Esperé. Aguanté. Respiré el aire viciado de la cabina mientras el mundo exterior intentaba aplastar mi refugio.

La estampida pasó como pasa el mundo: sin intención, sin narrativa, con una indiferencia absoluta. Eran toneladas de vida huyendo de la muerte, ignorando por completo el pequeño trozo de futuro que se interponía en su camino.

Cuando el suelo finalmente se calmó y solo quedó el eco distante de los pasos y el crujido de la vegetación destrozada, ejecuté la secuencia final. Mis dedos no dudaron. Activé las cargas térmicas que reducirían la cápsula a cenizas moleculares, asegurándome de no dejar ni un solo tornillo que no perteneciera a esa era.

Volví al presente con el alma en un hilo y los pulmones ardiendo.

Regresé a la sala de transbordo a las ocho de la mañana. El tipo de la limpieza ya no estaba, reemplazado por el silencio de las cámaras y la mirada de Salazar, que me esperaba con un alivio que nunca admitiría con palabras. Iván se dejó caer en su silla, cubriéndose la cara con

las manos, mientras yo sentía el peso del dije todavía en mi puño. Había cerrado la puerta. Había reparado el error. El pasado, con toda su gloria y su violencia, se quedaba donde debía estar: sesenta millones de años detrás de mí.

Capítulo 10. El peso del aire moderno

Al regresar, no hubo fanfarrias ni aplausos. No hubo ese alivio cinematográfico que uno esperaría tras salvar la integridad del tiempo. El laboratorio estaba sumido en una penumbra funcional, una oscuridad técnica interrumpida solo por el parpadeo azulado de las consolas y el resplandor residual de la cámara de salto, que todavía siseaba mientras el calor se disipaba de las placas de aleación.

Salazar no se movió de su sitio. Se quedó de pie, con las manos entrelazadas a la espalda, observándome con una fijeza que me erizó la nuca. Sus ojos recorrían mi traje, buscando daños, pero también parecían intentar descifrar si la persona que acababa de materializarse era exactamente la misma que se había ido cinco horas antes. O si algo del pasado se había filtrado en mis poros.

—¿La tienes? —preguntó. Su voz fue un susurro ronco que cortó el zumbido de los servidores como un bisturí.

—Sí —respondí.

Mi propia voz me sonó extraña, como si viniera de una habitación lejana, amortiguada por un cansancio que no era solo físico. Era un agotamiento de los huesos. Iván, que parecía haber envejecido diez años en una sola noche, no levantaba la vista de su monitor. Tenía los ojos inyectados en sangre y los dedos le volaban sobre el teclado con un ritmo espasmódico, verificando cada bit de datos, cada lectura de los sensores de bioseguridad. Buscaba un miligramo de materia extraña, una espora traicionera, cualquier cosa que confirmara que el siglo veintiuno seguía siendo puro.

—Estructura íntegra —anunció Iván, y el suspiro que soltó pareció vaciarle los pulmones de golpe—. Regresión limpia. El anclaje temporal se ha cerrado sin fluctuaciones. La cápsula ya no existe en el pasado, Helen. Solo quedan las cenizas moleculares que programaste.

Me quité el casco con movimientos lentos. Mis dedos se sentían torpes, entumecidos por la presión del salto. En cuanto el sello se rompió y mi piel entró en contacto con el aire del laboratorio, sentí una náusea violenta. El aire moderno me supo a plástico, a cloro, a una cosa pobre y reciclada que no tenía peso. Después de haber respirado la densidad eléctrica, agria y salvaje del Cretácico, el oxígeno del búnker se sentía estéril, como si estuviéramos respirando el aliento de una máquina muerta. Era el precio de nuestra era: habíamos cambiado la intensidad del mundo vivo por la seguridad de una habitación climatizada. Pero la seguridad era una mentira. Lo supe en cuanto vi la cara de Iván reflejada en el cristal de su monitor.

—Tenemos un problema —dijo, y esta vez no era un fallo de energía.

Horas después, cuando el sol empezaba a filtrarse de forma indirecta por los conductos de ventilación superior, Salazar ordenó que trajeran al hombre de la limpieza. El ambiente en su oficina era irrespirable. La luz era demasiado blanca, demasiado fría.

Martínez entró custodiado por dos agentes de seguridad que no llevaban uniforme, pero cuyos ojos decían claramente que no estaban allí para hacer amigos. El hombre caminaba encogido, retorciendo su gorra entre las manos con una ansiedad que le hacía sudar la frente. Pero bajo el miedo, le brillaba una chispa de emoción peligrosa. Era la mirada de alguien que cree haber encontrado un tesoro en mitad de la basura. Alguien que, por primera vez en su vida gris de turnos nocturnos, se sentía protagonista de algo más grande que una cubeta de agua con cloro.

—Yo no hice nada malo —soltó Martínez en cuanto los guardias lo soltaron frente al escritorio de Salazar. Alzaba la voz más de lo necesario, tratando de ocultar el temblor de sus manos—.

Yo solo estaba en mi pasillo, haciendo mi trabajo. Nomás vi lo que vi. Es un país libre, ¿no? Le dije a un primo. No tiene nada de malo hablar con la familia.

Me apoyé contra la pared, observándolo desde las sombras. Me sentía a kilómetros de distancia de esa oficina. Mi abdomen palpitaba bajo la ropa, un recordatorio sordo de que yo casi pierdo la vida en el lugar que este hombre ahora trataba como un chisme de sobremesa.

—¿A qué primo le dijiste exactamente? —pregunté. Mi voz salió más fría de lo que esperaba.

Martínez tragó saliva, mirando a Salazar y luego a mí. Sus ojos se detuvieron en mis botas, que todavía tenían restos de un polvo que no pertenecía a este milenio.

—A uno que escribe cosas... en internet. Ya saben, de esas páginas de misterios, de las cosas que el gobierno no quiere que sepamos. Él sabe de estas cosas, él dice que la gente tiene derecho a la verdad.

Iván entró en la oficina y dejó una tableta sobre la mesa de roble. No dijo nada. La pantalla mostraba un hilo en un foro de conspiraciones de alto tráfico. Había imágenes borrosas, probablemente captadas con un teléfono escondido en un carrito de limpieza: un destello de luz azul, la silueta de la plataforma, descripciones vagas de "luces imposibles" y "máquinas del tiempo".

Pero lo que me revolvió el estómago fue leer la frase que se repetía en los comentarios como un hechizo: "La mujer que vuelve".

Ya no era Helen Rivas. Ya no era la hermana de Mateo. Era un mito de internet, un activo filtrado, una brecha en la seguridad nacional que miles de desconocidos estaban diseccionando en tiempo real. La filtración no era solo un comentario; era una cacería de brujas digital que apenas comenzaba.

Salazar no se inmutó. Con una calma que resultaba más aterradora que cualquier grito, sacó un documento de una carpeta de cuero y lo puso sobre la mesa, justo enfrente de Martínez.

Junto al papel, dejó caer un bolígrafo de metal pesado. El ruido del bolígrafo contra la madera sonó como el martillo de un juez.

—Firma este acuerdo de confidencialidad absoluta —dijo Salazar. Su voz no era una amenaza; era la enunciación de un hecho inevitable—. A partir de mañana, tienes un cambio de área. Te vas a una instalación en la costa. Un puesto administrativo, aire libre y un sueldo que triplica lo que ganas aquí. Tendrás una vida cómoda, Martínez. Una vida tranquila para ti y para ese primo tuyo. Pero a cambio, te olvidas de todo. Te olvidas del pasillo, te olvidas de las luces y, sobre todo, te olvidas de que existe una mujer que vuelve.

Martínez miró el papel y luego a Salazar. Por un segundo, la chispa de importancia volvió a sus ojos. Creyó que tenía el poder de negociar.

—¿Y si no firmo? —preguntó, intentando recuperar un poco de esa dignidad de héroe de internet—. Mi primo dice que si me pasa algo, el mundo se va a enterar.

Salazar se incluyó hacia adelante. No levantó la voz, pero la intensidad de su mirada hizo que el aire de la sala se volviera denso, difícil de tragar.

—Entonces, Martínez, no vuelves a trabajar en un lugar con puertas cerradas. Ni aquí, ni en ninguna parte. No existirás para el sistema laboral, ni para el crediticio, ni para el de salud. No habrá rastro de ti en ninguna base de datos del gobierno. Te convertirás en un fantasma antes de que termine el día. Y te aseguro algo: los fantasmas tienen muy poca audiencia en internet. Tu primo no podrá publicar nada si no puede demostrar que alguna vez exististe.

El silencio que siguió fue absoluto. Martínez miró el bolígrafo como si fuera un arma cargada.

La comprensión de lo que era el poder real, el poder que borra personas, le apagó la chispa de los ojos. Firmó. El trazo de su rúbrica era tan tembloroso que apenas parecía un nombre.

Salió de la sala escoltado, convertido en un hombre rico con el alma amordazada.

Valdés, por supuesto, no dejó pasar la oportunidad. En cuanto el hilo de internet llegó a los niveles superiores, intentó usar la "crisis de seguridad" como una palanca para sus propios fines. Lo vi entrar en el ala de mando con su traje impecable, argumentando que, ya que el secreto se estaba desmoronando, lo mejor era hacer el proyecto público. Quería misiones de gran escala, con cámaras de alta definición, con patrocinadores, con "presencia nacional". Quería convertir mi trauma en una campaña de relaciones públicas, en un espectáculo para las masas.

Pero Salazar era un maestro de la guerra de desgaste. En lugar de pelear contra Valdés con gritos, lo bloqueó con la burocracia más árida imaginable. Envió un informe técnico de quinientas páginas a los comités de ética y seguridad. El documento estaba lleno de términos incomprensibles, algoritmos de riesgo fallidos y gráficos aburridos que explicaban por qué el hilo de internet era simplemente "una anomalía de refracción lumínica causada por los nuevos químicos de limpieza". Mató el interés por cansancio. Convirtió el asombro de un viaje en el tiempo en un aburrimiento administrativo de oficina.

Y el escándalo se diluyó. Como se diluye todo en este mundo de gratificación instantánea. El hilo de internet fue enterrado por nuevos videos de gatos, nuevas teorías sobre famosos y la indignación del día siguiente. La verdad quedó sepultada bajo una montaña de ruido digital. Esa noche, me quedé sola en la plataforma de observación. Me toqué la cicatriz del abdomen a través de la tela de la camiseta. El mundo seguía girando ahí fuera. La gente seguía trapeando pasillos, los políticos seguían sonriendo y Mateo seguía esperando que su hermana volviera para jugar. Nadie sabía que a unos metros de ellos, el tejido del tiempo había sido violado y remendado a la fuerza.

Habíamos ganado, supongo. El secreto estaba a salvo en su jaula de hormigón. Pero mientras miraba mis manos, todavía sentía que el aire moderno no era suficiente para llenar mis pulmones. Había algo de mí que se había quedado en ese barro antiguo, una parte de mi identidad que se había evaporado con las cenizas de la cápsula, y sabía que ninguna firma de confidencialidad podría devolvérmela jamás.

Capítulo 11. El eco que no se apaga

Siete meses después de que cerráramos la puerta del incidente de la cápsula, el complejo subterráneo había dejado de sentirse como una frontera científica para convertirse en un mausoleo de alta tecnología. El aire seguía siendo estéril, pero ahora arrastraba un peso distinto, el olor a estancamiento de los lugares que guardan secretos demasiado grandes para ser procesados. Ya no solo se escuchaba el zumbido de los servidores; ahora había el eco de taladros y pasos de obreros cubriendo el hormigón con paneles de diseño, preparando el búnker para una fase que ninguno de nosotros estaba listo para admitir.

Me encontraba en la cafetería, el único rincón donde las jerarquías se diluían frente a una taza de café que siempre sabía a quemado. Ríos se sentó frente a mí sin pedir permiso. Había dejado de usar su bata blanca; ahora vestía una chaqueta de punto gris que lo hacía parecer un profesor universitario jubilado antes de tiempo. Se veía más humano y, por eso mismo, más cansado.

—¿Sigues soñando con el agua, Helen? —preguntó. Su mirada era directa, despojada de su habitual filtro profesional.

Apreté los dedos alrededor de la taza caliente, sintiendo cómo el calor me devolvía por un segundo a la realidad. Le mentí. Le dije que ya no, aunque el sabor del lodo sulfuroso del delta todavía me visitaba en mitad de la noche, haciéndome despertar con la sensación de que el suelo se hundía bajo mi cama. Le dije que ahora soñaba con la mirada de Salazar cuando Martínez firmó su silencio; esa frialdad burocrática me resultaba más inquietante que cualquier depredador que hubiera visto en el lodo.

Ríos asintió despacio, removiendo su café. Me confesó que iba a extrañarme por allí. Me dijo que, según su expediente, yo era el activo más difícil que había tratado, pero que en sus notas personales figuraba como la única persona en todo el búnker que no había perdido el juicio.

—Es porque nunca me creí especial, Ríos. Solo fui la chica que sabía caminar por el barro sin hacer ruido —respondí.

Nos quedamos en un silencio que ya no resultaba incómodo. Ríos habló por primera vez de su hija, una niña con autismo que vivía en la superficie y que era la verdadera razón por la que aceptaba este trabajo de pesadilla. El sueldo del Proyecto S pagaba los mejores cuidados del país. Todos allí teníamos un ancla, un motivo oculto para jugar con el tiempo y no perdernos en él. El suyo era el futuro de su hija; el mío era el presente de Mateo. Me llevé la mano al cuello y toqué el pequeño dije de plata, sintiendo su relieve frío contra la yema de mis dedos. Era mi brújula, el objeto que me recordaba quién me esperaba fuera de este agujero de concreto.

Antes de irme, pasé por el laboratorio de sistemas. Iván estaba rodeado de cables y placas base, pero ya no estaba programando trayectorias de salto. En sus monitores brillaban interfaces de realidad aumentada y modelos de estructuras que nunca había visto. Se veía más delgado, con los ojos hundidos por un brillo febril que me hizo retroceder un paso. Me mostró un renderizado en 3D: no era una cápsula pequeña, era un módulo habitacional completo, una estructura con patas hidráulicas y blindaje de cerámica avanzada diseñada para una estancia prolongada.

—Valdés ganó —susurré, sintiendo un frío que no tenía nada que ver con el aire acondicionado.

Iván suspiró y apagó la pantalla con un gesto seco. Me explicó que Salazar había logrado impedir que trajeran especímenes vivos al presente, pero que el Comité había aprobado la Fase 2. Ya no querían incursiones de treinta minutos; querían colonizar el Cretácico con una base de observación fija por seis meses. Punto Alfa, lo llamaban. Querían establecer una

huella humana permanente en el origen de los tiempos antes de que cualquier otra potencia descubriera la grieta.

—¿Quién va a ir? —pregunté, sintiendo un tirón en la cicatriz de mi abdomen—. Yo no puedo volver a saltar, Iván. Mi cuerpo no aguantaría la presión de un anclaje de esa magnitud.

Iván se acercó y me puso una mano en el hombro. Sus dedos olían a soldadura y a tabaco viejo. Me dijo que nadie me lo había comunicado oficialmente todavía, pero que Salazar me había nombrado Consultora de Selección. No querían mis piernas en el pasado; querían mi cabeza entrenando a los que irían en mi lugar.

Me llevó a la sala de simulación, la misma donde yo había pasado meses de agonía. Tras el cristal de observación, vi a una chica. No tendría más de veintidós años y llevaba el cabello corto, casi al ras. Se movía en la simulación con una fluidez que me dio envidia y miedo a la vez. No esquivaba los problemas; los atacaba con una precisión matemática.

—Se llama Elena —dijo la doctora Kwan, apareciendo detrás de nosotros con su rigidez habitual.

Kwan me confesó que Elena era una ex-operadora de drones de búsqueda en zonas de desastre. Tenía mi instinto, pero le faltaba mi miedo. Para Elena, el pasado era un rompecabezas técnico que creía poder resolver con la tecnología adecuada. Miré a la chica a través del vidrio y vi en ella el mismo hambre de descubrimiento que yo tenía antes de que el Triceratops me recordara que somos insignificantes.

—Nadie resuelve el pasado, doctora —sentenció—. El pasado solo te sobrevive.

Esa tarde tuve mi última reunión con Salazar. Estaba en su balcón, mirando hacia los túneles donde los obreros descargaban suministros para la nueva base. Me dijo que necesitaba que Elena fuera perfecta, que ya no buscábamos pasar desapercibidos, sino dejar una huella. Le dije que era un error, que el tiempo nos acabaría escupiendo, pero él solo respondió que prefería que fuera una de las nuestras la que estuviera allí cuando eso pasara.

Salí del complejo con la mochila al hombro. El sol de la superficie era cálido y real, pero lo sentí terriblemente frágil, como si la luz fuera un cristal que pudiera quebrarse en cualquier momento. Mateo me esperaba en el asiento del copiloto del coche. Ya no era el niño pequeño que jugaba en el asiento trasero; a sus casi quince años, el espacio del auto se le quedaba corto y pasaba más tiempo pegado a su teléfono o mirando por la ventana con esa melancolía típica de la adolescencia.

Al verme llegar, guardó el móvil y me dedicó una media sonrisa. En sus manos daba vueltas a un pequeño dinosaurio de plástico, un Triceratops que conservaba desde hacía años. Al ver el juguete, un escalofrío me recorrió la columna; el plástico naranja no tenía nada que ver con la montaña de músculo y furia que casi me convierte en parte del suelo del Cretácico.

—¿Ya terminaste tu trabajo de oficina? —preguntó con su voz, que ya había perdido cualquier rastro infantil para volverse más profunda, más parecida a la de su padre.

—Sí —respondí, forzando una sonrisa mientras le revolvía el cabello, aunque él ya empezaba a apartarse de esos gestos—. Por ahora, Mateo.

—Estás rara, Helen —me dijo, observándome con una intuición que me ponía los pelos de punta—. Tienes esa cara de cuando te pierdes en el monte.

—Es el cansancio. Vámonos a casa.

Arrancé el motor y miré por el retrovisor hacia la entrada oculta del búnker. Sabía que Elena me estaría esperando mañana para que le enseñara a ser un fantasma. Sabía que el hambre de Valdés nos llevaría de vuelta al abismo, esta vez con más ambición y un riesgo que haría que mi encuentro con el raptor pareciera un juego de niños.

La puerta al pasado seguía abierta, pero ya no era un susurro; era un grito de guerra que resonaba en mis pesadillas. Y yo, la chica que siempre volvía, ahora tenía que enseñar a otra

a cómo no quedarse allí para siempre, mientras intentaba que Mateo nunca descubriera que la hermana que tanto admiraba vivía rodeada de fantasmas y secretos enterrados a sesenta millones de años de distancia.

Porque el pasado tiene memoria. Y el eco de nuestros pasos en el lodo apenas estaba empezando a resonar en el presente.